

## Introducción

### Unas palabras de aliento para los padres

Un día, Jacob, un paciente de veinticinco años que acudía a la consulta para resolver los problemas que tenía con su homosexualidad, se enfrentó con tristeza y con cierto coraje a su madre y luego me lo contaba:

*“Le decía: ‘Mamá, tú me veías jugar con las Barbie. Me dejabas utilizar tu maquillaje y fijarme el pelo delante del espejo durante horas. Mis hermanos nunca se comportaron así. ¿Por qué no lo impediste? ¿En qué estabas pensando?’. No dudo de que mamá quería lo mejor para mí. Pero ella no decía nada. Tan solo se quedaba sentada mirándome, atontada y con los ojos llenos de lágrimas”.*

He trabajado durante muchos años con hombres homosexuales que se encuentran profundamente insatisfechos con esa atracción que sienten. Y con frecuencia me he encontrado que ellos mismos piensan que no contaron durante su infancia con los elementos necesarios para poder librarse de esa situación ya de adultos.

Las historias que escucho a diario, contadas por hombres como Jacob, por personas que están intentando sanar su homosexualidad, incluyen de modo habitual muchos recuerdos dolorosos sobre la confusión de género en su infancia. Existe una elevada correlación entre esta inconformidad de género durante la niñez y la posterior homosexualidad en la vida adulta. Cada caso es diferente, no todos los hombres que trato son tan femeninos como Jacob, ni juegan con muñecas ni se visten como niñas. Y, sin embargo, en la mayoría de los casos, sus padres, a pesar de querer mucho a sus hijos y de procurar darles siempre lo mejor, esperaron demasiado para buscar la ayuda que necesitaban entonces. Los padres no saben qué hacer, no saben siquiera si pueden hacer algo en esta situación.

### ¿Perpetuando los estereotipos de género?

No podemos estar de acuerdo con los psiquiatras y psicólogos que afirman que cada uno puede “ser lo que quiera ser”, en términos de identidad de género y orientación sexual. Hablan como si comportarse como lesbiana o gay no tuviera las más profundas consecuencias para las personas, para la cultura y para la humanidad; como si nuestra biología no fuera nuestro destino. La persona humana fue diseñada como femenina y masculina; no existe el tercer género.

Como ha expresado un eminente psicoanalista, el Dr. Charles Socarides, “los padres no dicen nunca: ‘no me importa si mi hijo es homosexual o heterosexual’. Si se les da la oportunidad, la mayoría de los padres prefieren que sus hijos no acaben involucrados en comportamientos homosexuales”.

Está de moda en los círculos intelectuales creer que los seres humanos no tienen una “naturaleza humana” innata y que la esencia del ser humano es precisamente *la libertad* para

redefinirse cada uno como quiera. Pero, ¿qué sentido tiene una libertad que nos lleva a enfrentarnos a lo que somos? Hay elementos, y todos podemos darnos cuenta de ello, que no son susceptibles de redefinirse. Si la normalidad es, de hecho, “aquello que funciona de acuerdo a su diseño”, entonces la naturaleza nos pide realizar nuestro destino como hombre o como mujer.

En este libro, usaremos los siguientes términos de forma intercambiable: *prehomosexual*, *con conflicto de género*, *con confusión de género* y *con trastorno de género*. Todas ellas son condiciones para desarrollar en potencia un comportamiento homosexual. Cuando hablamos del *trastorno de identidad de género (TIG)*, nos referimos a una condición psiquiátrica que es el ejemplo extremo de este mismo problema de la existencia de un conflicto interno en cuanto al género; los chicos con TIG no son felices con su sexo biológico. La mayoría de los casos que se describen en estas páginas no puede decirse que pertenezcan, estrictamente hablando, a un diagnóstico clínico de TIG, pero las señales de aviso de un conflicto de género estaban ahí, de todos modos.

### **En contra de los psiquiatras**

Los medios de comunicación difunden actualmente un mensaje claro, según el cual cada persona debería encontrar su identidad, ya sea hetero, homo o bisexual. Un buen número de productores audiovisuales, directores de cine y guionistas de televisión (alguno de los cuales son homosexuales) tratan de persuadirnos de ello, con esas historias idealizadas de los que salen del armario. Creemos que ese tipo de acciones fomentan muchas situaciones desafortunadas en las que se están viendo involucrados nuestros jóvenes.

Al tomar esta postura, de hecho, yo (Joseph Nicolosi) entro en conflicto con los miembros de mi propia profesión. Los que se oponen a mí dicen que, en 1973, la APA (Asociación Americana de Psiquiatría) decidió eliminar la homosexualidad de su manual de enfermedades mentales, el *Diagnostic and Statistical Manual (DSM)*, declarándola como “normal”. Pero esa decisión de 1973 fue tomada bajo la fuerte presión política del activismo gay, como ellos mismos han hecho notar.

La eliminación de la homosexualidad del DSM tuvo como efecto negativo un desaliento generalizado en ciertas investigaciones y tratamientos médicos. Cuando se dijo que la homosexualidad “no era un problema”, los médicos se desmotivaron y dejaron de opinar de otro modo, o dejaron de presentar comunicaciones en los encuentros profesionales. Pronto, las revistas científicas se mostraron refractarias a presentar la homosexualidad como un problema de desarrollo.

Sobre este tema, la APA está en desacuerdo con la *National Association of Research and Therapy of Homosexuality (NARTH)*, la Asociación Nacional para la Investigación y la Terapia de la Homosexualidad, que preside, y rechaza cualquier tipo de cooperación con ella. De hecho, piensan que nuestra postura “contribuye al clima de prejuicio y discriminación hacia los gays, lesbianas y bisexuales”. De hecho, la APA ha establecido una moratoria para el debate de este tema.

Ronald Bayer, investigador del Centro Hastings de Ética, en Nueva York, resume todo este proceso: “La Asociación de Psiquiatría ha caído víctima del desorden de una era tumultuosa, cuando tantos elementos disruptivos amenazaban con politizar todos y cada uno de los aspectos de la vida social americana. Un furioso igualitarismo... obligó a los psiquiatras e intelectuales a negociar el estatus patológico de la homosexualidad con los propios homosexuales”.

El resultado fue la eliminación de la homosexualidad del manual de trastornos psiquiátricos, lo cual no se produjo a través de un proceso racional de debate e investigación científico, “sino que, por el contrario, fue una acción exigida por las circunstancias ideológicas de los tiempos”.

### **Prevención, cada vez más necesaria**

Antes de la decisión de la APA en 1973, la prevención de la homosexualidad era una práctica aceptada. Dicha condición era un desorden, y un desarrollo de la identidad sexual de ese tipo debía ser evitado en lo posible. Creemos que hoy es necesario que la idea de prevención sea recuperada. Con este propósito hemos escrito este libro.

Se han escrito pocos libros para padres, aparte del clásico de 1968 *Growing Up Straight*, de Peter y Barbara Wyden. Desde que se eliminó la homosexualidad del manual de trastornos, el único libro escrito por un médico sobre prevención ha sido: *Growing Up Straight: What Every Family Should Know About Homosexuality*, del Dr. George Rever (Chicago, Moody Press, 1982). Después se publicó un libro dirigido a familias cristianas, *An Ounce of Prevention*, de Don Schimiere (Nashville, Word, 1998) que ofrece muchos y sabios consejos prácticos, todos con una buena base científica.

Ahora esperamos que este libro responda a esa creciente necesidad. La mayoría de los padres de niños *prehomosexuales* (es decir, que muestran ciertos síntomas de confusión de género) que se acercan a nosotros en busca de ayuda son personas con convicciones religiosas: católicos, protestantes, mormones, judíos... Sin embargo, también hay unos pocos padres que no tienen esas convicciones pero que sienten intuitivamente que la humanidad está diseñada para ser heterosexual. Podemos tener empatía con la preocupación de esos padres porque compartimos su visión del mundo.

Aún así, algunos activistas gays (la mayoría, dentro de los círculos académicos) nos condenarán por asumir esta postura. ¿Quiénes somos para cuestionar la identidad de alguien, y mucho menos para ayudar a un chico a evitarla o a un homosexual a cambiarla? Pero nosotros asumimos nuestra postura respaldándonos en la historia y sabiendo que la mayoría de la población considera que el sexo entre personas del mismo género es algo que daña a las personas.

Hemos incluido muchos testimonios de nuestros pacientes para ilustrar los capítulos de este libro. Obviamente, hemos cambiado los nombres, lugares y detalles que les pudieran identificar, protegiendo su privacidad. Pero tengan la seguridad de que sus historias son verdaderas.

Este libro se centra en el papel de los padres y su intención no es *culpar* sino *educar*. Ni uno solo de los padres con los que he trabajado quería influir negativamente en su hijo o hija –ni siquiera querían *dejar de intervenir* en los casos en los que era necesario– para poner las bases en ellos de una futura homosexualidad. Pero a pesar de las mejores intenciones, muchos se quedaron atrapados en esquemas familiares dañinos. Y, de hecho, a muchos se les mal informó, creyendo que no podía hacerse nada para influir en el desarrollo de la identidad sexual de un niño. Las razones de esta actuación vergonzosa de profesionales que no ofrecen una información correcta se revisarán en el capítulo ocho.

Afortunadamente, hemos comprobado que cuando a los padres se les da un consejo preciso rectifican y cambian lo necesario. Uno de estos padres reconocía que en el fondo sabía que algo no iba bien y que de hecho sabía qué tenía que hacer, pero los orientadores y profesores solo le decían que no “traumatizara a su hijo” y que en lugar de eso lo aceptara “como era”.

Pero cuando los padres consultan con psicoterapeutas que validan su deseo de heterosexualidad para sus hijos, y que les ofrecen métodos específicos para lo que ellos ya sabían intuitivamente que debían hacer en respuesta a su confusión de género, hay esperanza. Esos padres, con apoyo profesional, captan inmediatamente el tratamiento y se muestran más que dispuestos para comenzar a aplicar las estrategias positivas diseñadas para ellos. Este libro contiene muchas de esas estrategias de intervención.

El Dr. George Rekers, un reconocido experto en desórdenes sexuales, escribe que la “inconformidad con el propio género en la infancia puede ser el factor más comúnmente observado que se asocia con la homosexualidad”. Y sigue afirmando que hay muchas evidencias de que el chico con ese problema *puede* resolver esa dificultad, con o sin intervención psiquiátrica. “En un gran número de casos, el trastorno de identidad de género se resuelve completamente”.

Aunque los factores biológicos *tienen* un efecto de predisposición en algunos niños, el Dr. Rekes cree que el cambio es posible porque la influencia familiar y social parecen ser la influencia más poderosa en el desarrollo de la homosexualidad.

Quizá estés preocupado de tu hijo. Quizá dice cosas como: “Creo que soy gay” o “Soy bisexual”, o has encontrado revistas pornográficas homosexuales en su habitación. El mensaje más importante que podemos ofrecerte es que no existe nada parecido a un “niño gay” o una “niña lesbiana”. Todos nosotros hemos sido diseñados para ser heterosexuales. La confusión sobre el propio género es, sobre todo, una condición psicológica y, en alguna medida, puede modificarse.

Al escribir este libro, hemos hecho todo el esfuerzo posible por presentar los datos científicos de manera clara y precisa. No queremos decir que el modelo de *prehomosexualidad* aquí descrito sea el único camino a la homosexualidad. Sin embargo, creemos que este modelo es el más común. Tampoco queremos decir que exista una sola respuesta que prevenga un desarrollo homosexual. Lo que tú, como padre, puedes hacer es ofrecer a tus hijos el mejor ambiente que puedas, dentro de tus posibilidades.

Si estás de acuerdo con nosotros en que la normalidad es “lo que funciona según su diseño” y que la naturaleza nos invita a realizar nuestros destinos como hombres o mujeres, entonces te invitamos a seguir leyendo. Nuestra meta, que también somos padres, es ofrecerte esperanza, apoyo, información y motivación.

## Capítulo 1

### **La masculinidad es algo que hay que conseguir**

*“Una mujer ya es, pero un hombre aún debe llegar a ser. La masculinidad es algo arriesgado e inasible. Se consigue mediante la separación de una mujer, la madre, y solo se confirma mediante otros hombres”.*

*Camille Paglia, activista gay.*

En lo más profundo de la condición homosexual hay un conflicto de género. En el chico vemos generalmente una herida en su género que se remonta hasta la niñez. Llega a verse a sí mismo como diferente al resto de los chicos.

Esta herida existe normalmente como un miedo secreto, del que no se habla, un miedo del que sus padres y seres queridos solo tienen una vaga sospecha. El chico se ha sentido así hasta donde puede recordar. Esa diferencia crea un sentimiento de inferioridad y lo aísla de los otros chicos como él.

Para algunos, esta confusión de género es algo obvio. Permítanme comenzar con las historias de algunos de mis pacientes; con Stevie, cuyo caso es especialmente dramático. Cada vez recibo con más frecuencia casos de chicos jóvenes, llamadas de padres preocupados que quieren lo mejor para ellos. Una vez llamó la madre de Stevie que, según ella, “es un niño maravilloso, un pequeño muy especial. Pero... está fascinado con las cosas de niñas. Incluso más que mis hijas. Él hasta... bueno, juega con muñecas Barbie y... baila por toda la casa de puntillas, como una bailarina”. Su hijo tenía cinco años. “He notado este tipo de comportamiento desde hace casi dos años”, explicó.

Para mí, ese lapso de tiempo es significativo. Está bien que un niño se pregunte cómo quedaría con largos rizos rubios y se ponga una peluca solo para hacer payasadas. No hay nada particularmente alarmante en eso. Pero si sigue comportándose así, y tiene muy poco interés en cosas de “niños”, probablemente haya un problema.

La madre continuó un poco a la defensiva: “Pero su profesora dice que no hay que preocuparse, que es solo una fase pasajera. También lo dice mi suegra, ella incluso le presta a Stevie sus pañuelos y sus joyas para que se las pruebe. Ella le dice: ‘la abuelita adora a su muñequita’”.

“Y usted desea que ellas tengan razón, que solo se trate de una etapa de la niñez”, le pregunté.

“Sí. Pero la verdad es que *yo creo* que algo está mal... La semana pasada, Stevie insistió en que le comprara una muñeca Pocahontas. Y luego le vi a usted en ese debate de la televisión, estaba describiendo exactamente a mi hijo, Dr. Nicolosi. Y si usted tiene razón, entonces cuando Stevie crezca va... ¿Va a ser gay?”.

“Puede llegar a serlo, pero no necesariamente. Todavía hay tiempo para ayudarle a sentirse mejor con su masculinidad”.

“Bien, bien. Pero ¿qué debo hacer?”.

La mayoría de los pacientes homosexuales a los que he tratado ya de adultos nunca habían jugado con muñecas; la situación de Stevie era extrema. Pero casi todos ellos mostraban una característica común de inconformidad con su género desde su niñez, algo que les había apartado dolorosamente de los otros niños.

La mayoría se recordaban a sí mismos en su niñez como poco deportistas, no atléticos, algo pasivos, solitarios (excepto por las amigas que tenían), poco agresivos y desinteresados en los juegos bruscos y en las peleas, además de algo temerosos de los otros niños, a quienes encontraban tanto intimidantes como atractivos. Muchos de ellos también tenían rasgos que podían considerarse dones especiales: eran brillantes, intelectualmente precoces, sociables, con talento artístico y con facilidad para relacionarse con los demás. Como ninguno había sido exactamente afeminado, como le ocurría a Stevie, sus padres nunca sospecharon nada extraño. Por eso no hicieron esfuerzo alguno en buscar terapia.

Pero en su interior, estas personas habían sido tremendamente ambivalentes sobre su propio género en la niñez. Muchos habían nacido sensibles y tiernos y simplemente no estaban seguros de que la masculinidad pudiera ser parte de “lo que ellos eran”. Algunos autores se han referido atinadamente a esta condición como “un vacío de género”. Este vacío surge de la combinación de un temperamento sensible innato y un ambiente social que no cubre las necesidades especiales del niño. Este niño-riesgo, a causa de su temperamento, necesita (pero no obtiene) una reafirmación particular de sus padres y compañeros para desarrollar una identidad masculina segura.

Un niño así, tanto por razones de temperamento como de dinámica familiar, se aparta del reto que supone identificarse con su padre y con la masculinidad que él representa. Así que en lugar de incorporar un sentido masculino de sí mismo, el niño *prehomosexual* hace lo contrario: rechaza su masculinidad emergente y desarrolla de ese modo una postura defensiva hacia ella.

Más tarde, sin embargo, se enamorará de lo que ha perdido al buscar a alguien que parezca poseer lo que le falta dentro de sí mismo. Esto es así porque no nos enamoramos de lo familiar, sino de lo diferente a mí.

### **Es un problema de identidad**

En la raíz de casi todos los casos de homosexualidad hay algo de distorsión sobre el concepto de género. Vemos esta distorsión en el caso de la activista lesbiana que quería que se reescribiera la Biblia llamando a Dios “Ella”. O cuando alguien dice con orgullo: “Yo no me enamoro de un género en particular, porque el género no importa. Me enamoro de la *persona* (que puede ser un hombre o una mujer)”. O cuando una psicóloga dice que la bisexualidad es una orientación superior porque abre nuestra expresión sexual a posibilidades nuevas y más creativas. O cuando un chico de Secundaria insiste en que se le permita llevar vestido y tacones al instituto y un juez ordena que el instituto apoye su ilusión de ser mujer.

La autodecepción respecto al género se encuentra en el corazón de la condición homosexual. Un niño o una niña que se imagina que puede ser del sexo opuesto —o de ambos sexos— mantiene una fantasía como solución a su problema de género confuso. Es una rebelión contra la realidad y contra los límites insertos en nuestra misma naturaleza humana.

### **La identidad de género se establece dentro del contexto de una familia**

Tratar el problema de la *prehomosexualidad* es un proceso que debe involucrar a todos los miembros de la familia. El padre en especial juega un rol determinante en el desarrollo normal de un niño en cuanto a su masculinidad. La verdad es que es más importante su papel para el desarrollo de la identidad de género que la madre.

Continuando con el caso de Stevie, su padre era un hombre activo y con algo de orientación profesional tanto él como su esposa podrían aprender a hacer cosas importantes y cambiar algunos esquemas familiares. Pero primero, tenían que entender lo que estaba pasando. Así que les cité en mi oficina.

### **Creer seguro en el propio género**

Al día siguiente, acudieron Bill, Margaret y Stevie a mi oficina. Stevie era un niño hermoso con una piel blanca de porcelana. Tenía unos ojos extraordinariamente grandes, cubiertos por unas pestañas grandes y negras. Margaret era encantadora y elocuente. Bill, un ejecutivo financiero de éxito, tenía poco que decir. Para mí, esto era ya un patrón familiar.

Tomando aparte a Bill y Margaret les expliqué algunos aspectos básicos de las necesidades de un chico para crecer seguro. “Las madres hacen chicos; los padres hacen hombres”.

En la infancia, tanto los chicos como las chicas se encuentran emocionalmente apegados a la madre, que es su primer objeto de amor. Ella cubre todas sus necesidades primarias. Las chicas pueden continuar su desarrollo en la identificación de su femineidad a través de la relación con sus madres. Pero, por otro lado, los chicos tienen una tarea adicional en este proceso: *desidentificarse* de su madre e identificarse con su padre.

Al aprender el lenguaje (*él, ella, el, la*), el niño pequeño descubre que el mundo está dividido en dos opuestos naturales, niños y niñas, hombres y mujeres. En ese momento, un niño pequeño no solo comenzará a observar esta diferencia sino que también debe decidir dónde encaja él mismo. Las niñas lo tienen más sencillo -les expliqué a los padres de Stevie-, su primer apego es ya con la madre y así ellas no necesitan pasar por la tarea adicional de *desidentificarse* de la persona más cercana a ellas (mamá) para identificarse con el padre. Pero el niño es diferente: él debe separarse de la madre y lograr diferenciarse de su primer objeto de amor para poder llegar a ser un hombre heterosexual.

Esto quizá explique por qué hay menos mujeres homosexuales que hombres. Algunos estudios estiman una proporción de 2 a 1. Otros hablan de 5 a 1 o, incluso, de 11 a 1. Es algo que no sabemos con exactitud, salvo que es claro que hay más homosexuales hombres que lesbianas.

“Lo primero que hay que conseguir para llegar a ser un hombre”, según el psicoanalista Robert Stoller, “es no ser una mujer”.

### **En busca de la masculinidad**

Mientras tanto, el padre del niño tiene que hacer su parte. Necesita reflejar y afirmar la masculinidad de su hijo. Puede jugar de manera más ruda y tosca con él, juegos diferentes a los que se jugaría con una niña pequeña. Puede enseñar a su hijo a lanzar y atrapar la pelota de béisbol, a ensamblar con un martillo un trozo de madera en un tablero, etc. De pequeño, el chico también descubrirá que papá tiene un cuerpo masculino como el suyo.

Como resultado, el niño aprenderá más de lo que significa ser hombre. Y aceptará su cuerpo como una representación de su masculinidad. Así pensará: *“Esta es la forma en la que están hechos los niños y los hombres. Y es la forma en que yo estoy hecho. Soy un niño y eso significa que tengo pene”*. Los psicólogos llamamos a este proceso la “incorporación de la masculinidad en la percepción de sí mismo” y es una parte esencial para un desarrollo heterosexual.

El pene es el símbolo esencial de la masculinidad, la inconfundible diferencia entre hombre y mujer. Esa innegable diferencia anatómica debe serle enfatizada al niño en la terapia. Como ha señalado el psicoanalista Richard Green, el niño afeminado ve su propio pene como algo ajeno a él, un objeto misterioso. Si no tiene éxito en “hacer suyo” su propio pene, crecerá como un adulto con una continua fascinación por los penes de otros hombres.

El chico que toma la decisión inconsciente de desprenderse de su propio cuerpo de hombre ya está en camino de desarrollar una orientación homosexual. Este tipo de niños a veces será claramente afeminado, pero más a menudo (como en la mayoría de los chicos *prehomosexuales*) mostrará lo que llamamos una “inconformidad de género”. Esto es, será diferente de alguna manera, sin amigotes cercanos a esa edad en la que el resto de los chicos evitan la cercanía de las niñas (entre los seis y los once años) con el objeto de desarrollar una firme identidad masculina. Un niño así también tiene una relación pobre y distante con su padre.

Los hombres homosexuales, como explica el psiquiatra Charles Socarides, aún se encuentran buscando el sentido masculino de sí mismos que debía haberse establecido al comienzo de la infancia y luego haberse consolidado en la adolescencia. Pero la dinámica implícita es totalmente inconsciente. Y esa es la razón por la que este doctor utiliza el psicoanálisis (y alguna de sus herramientas, como el trabajo con los sueños) para ayudar a sus pacientes homosexuales, ya adultos, a entender y resolver sus luchas inconscientes.

Promoviendo una pronta intervención en la infancia, trato de prevenir una terapia que será larga y complicada en la madurez. Los padres, especialmente él, el padre, son los que mejor pueden reafirmar una identidad masculina débil cuando su hijo aún se encuentra en plena formación. Ellos pueden conseguir que sus hijos tengan una mayor estima por su propio género, previniendo el sentido de inferioridad con respecto a la masculinidad y el distanciamiento del mundo varonil que tantos homosexuales describen en su infancia.

La idea es prevenir que el niño se aleje de su masculinidad normal y animarle a reivindicar su identidad masculina para la cual fue diseñado; en ningún caso se trata de moldearlo para que asuma la caricatura que supone un “*macho man*”, sino de ayudarlo a desarrollar su propia masculinidad dentro del contexto de las características personales con las que ha nacido.

En gran medida, este alejamiento del mundo de los hombres comienza por una débil relación con el padre. Algunos padres se las arreglan para involucrarse en todo, *salvo* en sus hijos. Se sumergen en sus carreras profesionales, en viajes, en deportes como el golf o en un sinnúmero de actividades que se vuelven tan importantes que ya no tienen tiempo para sus hijos. O no se dan cuenta de que este hijo en particular interpreta sus críticas como un rechazo personal hacia él. O quizá el problema tenga sus raíces en un desencuentro temperamental: que “un hijo en particular” tenga un carácter especialmente sensible, lo que dificulta a su padre llegar a tratarle o a conectar con él.

A causa de una serie de razones, diversas entre sí, algunas madres también tienen la tendencia de prolongar la dependencia de su hijo. La intimidad de una madre con su hijo es innata, completa, exclusiva, y este vínculo tan poderoso llega a ser fácilmente lo que el psiquiatra Robert Stoller llama “una simbiosis feliz”. Pero la madre puede tender a apegarse tanto a su hijo que se convierte en una dependencia mutua enfermiza, especialmente si ella no tiene una relación íntima y satisfactoria con el padre de su hijo, utilizándolo para satisfacer sus necesidades de amor y compañía de un modo que no es bueno para él.

Un padre “sobresaliente” (es decir, fuerte y benevolente) interrumpirá la “simbiosis fantástica” entre madre e hijo que –instintivamente– le parece enfermiza. Si un padre quiere que su hijo crezca bien, tiene que romper el lazo que se forma entre madre e hijo, adecuado para la infancia, pero nada bueno en las etapas posteriores. De esta forma, el padre ha de ser un modelo, demostrando a su hijo que se puede mantener una relación de amor con esta mujer, su madre, mientras conserva su propia independencia. En este sentido, el padre debe funcionar como una sana barrera entre la madre y el hijo.

Aún más, un exagerado cariño materno promueve la autocompasión, una característica que se observa muy a menudo tanto en niños *prehomosexuales* como en hombres homosexuales ya adultos. Ese cariño exagerado de la madre le puede llevar a aislarse de sus compañeros cuando se siente herido por sus bromas o cuando le excluyen.

### **La inconformidad de género: ¿solo un mito?**

Podríamos preguntarnos si lo que cuentan tantos ex homosexuales sobre su infancia se puede aplicar solo a un grupo pequeño y estereotipado de ellos, es decir, si se trata de algo típico o no.

Diversos estudios pueden darnos algunas respuestas, ya que muestran, por ejemplo, que los hombres homosexuales tienen muchas menos posibilidades que la mayoría de los hombres de haber disfrutado mucho de actividades para chicos tan clásicas como el fútbol o el béisbol. De hecho, solo el 11 por ciento de los homosexuales se lo han pasado bien con esas actividades, en contraste con el 70 por ciento de los heterosexuales. Sin embargo, el doble de

homosexuales afirma que ha disfrutado mucho de actividades solitarias, especialmente del dibujo, la música y la lectura. A los juegos más típicos de chicas (como las casas de muñecas, el juego de la piedra) han jugado casi la mitad de los homosexuales, contra un 11 por ciento de heterosexuales.

Los factores familiares asociados a la inconformidad de género de los chicos, en estos estudios, fueron: “padre dominado por la madre”, “cercanía a la madre”, “madre fuerte” y “bajo nivel de identificación con el padre”. Los autores del estudio concluyeron: “La inconformidad de género en la infancia demuestra ser una característica importante para predecir la preferencia sexual en la edad adulta entre los hombres de nuestra muestra”.

Esto no solo es cierto para las personas descontentas con su homosexualidad; también se ha demostrado en estudios con otros homosexuales que nunca han estado en psicoterapia.

### **Un compromiso con un futuro saludable**

Recordando las palabras del psicólogo Robert Stoller, recordé a Margaret y Bill que “la masculinidad es algo que hay que conseguir, un logro”, es decir, un desarrollo normal no es algo que simplemente ocurre. Requiere una buena tarea educativa. Requiere apoyo familiar. Y eso lleva tiempo. Margaret captó la idea y dijo: “¿Quieres decir que se trata de un proceso? ¿Y cuanto dura el proceso?”.

Sabía que lo que preguntaba de verdad era: *¿Cuánto tiempo tardaré en saber si Stevie va a ser homosexual?* Le expliqué que el periodo crucial tiene lugar entre la edad de un año y medio y los tres años, pero que el periodo óptimo es antes de los doce años. “Si no hacemos nada, con la llegada de la pubertad, cuando comience a sentir anhelos y deseos románticos, esta búsqueda de género puede llegar a erotizarse. Puede llegar a comenzar a experimentar con otros chicos o incluso puede llegar a ponerse en contacto con chicos homosexuales más mayores”.

Bill se acercó a mí y me dijo: “Doctor haremos cualquier cosa, venderé la granja si es necesario”. Podía comprender los miedos de Bill, y vi que hablaba con sinceridad, pero le aseguré: “No tienes que hacer nada especial. Simplemente muéstrate emocionalmente disponible para tu hijo. Mantén una relación cálida y afectiva con él y no le dejes a un lado. Sé un padre sobresaliente, es decir, fuerte y benevolente. Stevie necesita ver en ti confianza, decisión y seguridad en ti mismo. Pero también necesita verte como apoyo, como un padre sensible y cariñoso. En otras palabras, Bill, da a Stevie razones para querer ser como tú”.

Bill dijo: “¿Así que Stevie no necesita terapia?”.

Le dije que no la necesitaba. “Necesita a su padre”.

A la semana siguiente, Margaret apareció sola en la consulta. Y siento decirlo pero no me sorprendió, pues es un patrón familiar. “Bill no ha estado prestando demasiada atención a Stevie”, dijo pidiendo perdón. No había pasado una semana desde que Bill había dicho que vendería la granja. No tengo ninguna duda de que este padre quería a su hijo y que en su

cabeza estaba dispuesto a hacer el “gran” sacrificio. Pero no podía sacar adelante los *pequeños* sacrificios: las cosas de cada día, el cariño y el afecto necesario para que su hijo resolviera su confusión de género. Bill no podía incluso hablar con su hijo. Trágicamente, es un patrón demasiado familiar. En los quince años que llevo hablando con cientos de homosexuales nunca me he encontrado a ninguno (quizá haya excepciones) que dijera que había tenido una relación cercana, cariñosa y respetuosa con su padre.

He descubierto un test sencillo para este lazo entre padre e hijo: ¿A quién acude el niño pequeño cuando está feliz, orgulloso de algo que ha hecho, buscando apoyo y ánimo o queriendo jugar y pasárselo bien? Si siempre es mamá, hay algo mal en la relación entre padre e hijo.

En nuestro trabajo clínico, y desde la experiencia de los muchos hombres que hemos conocido, parece ser raro que un hombre homosexual sienta que su padre le ha querido lo suficiente, que le haya reafirmado y guiado, que haya sido su modelo del rol masculino. De hecho, el hijo recuerda muy a menudo una relación caracterizada por sentimientos de descuido, hostilidad mutua y falta de interés paterno (una forma de abandono psicológico).

Pero como todas las experiencias humanas, esto no es universal. Algunas veces, la relación padre-hijo parece ser razonablemente adecuada. En tales casos, puede existir un problema con hermanos u otros compañeros masculinos (generalmente mayores) agresivos y hostiles, o alguien ha abusado de él, dejando una herida muy profunda. Aún así, el problema esencial permanece: el niño tiene un profundo sentimiento de ser inadecuado en cuanto a su género, de no saber actuar adecuadamente en compañía de otros hombres, de no ser lo suficientemente bueno dentro del mundo varonil. Llámalo un problema de estima de género.

Todo niño tiene un profundo anhelo de una figura paterna que le sostenga y que le quiera, que le guíe en el mundo de los hombres y que le reafirme en su naturaleza masculina, para que sus compañeros de género, los chicos más mayores y sus profesores, etc. le reconozcan como suficientemente bueno. Si ninguna de estas relaciones es lo suficientemente fuerte para darle a un niño la bienvenida al mundo de los hombres, entonces él añorará a otros hombres de lejos (a distancia). Al igual que Richard Wyler, yo tampoco he conocido un solo caso de un hombre homosexual que no haya sido herido en sus relaciones dentro del mundo masculino.

Efectivamente, ninguna intervención puede garantizar que un chico crezca heterosexual. Pero hay una gran cantidad de cosas que podemos hacer para consolidar una base saludable, y es tiempo de comenzar.